



HISTORIA

*De las Proezas y arrojos del guapo Francisco Estevan,
natural de la Ciudad de Lucena.*

PRIMERA PARTE.

Tiemble de mi nombre el mundo
y estremézanse los vientos,
atemorícese el orbe,
y los hombres mas soberbios;
porque si digo quien soy,
tengo formado concepto,
que no hay valiente ninguno,
á quien yo no cause miedo.
No vale nada Benet,
ni Corrales, no Escobedo,

ni Escábias, ni Pedro Gil,
ni Gordillo, ni Juan Bueno,
Pedro Ponce, ni Carrasco,
Sebastian Gil, ni Cañero,
ni menos Martin Muñoz;
porque aunque valientes fueron
á vista de mis arrojos
sus hechos se obscurecieron.
Pero para que me canso
si soy tigre en lo soberbio,

un leon en valentía
 y una fiera en lo sangriento.
 Francisco Estévan me llamo,
 y arrogante considero,
 que tendrán todos bastante
 para ver que todo es cierto.
 En la Ciudad de Lucena
 cuyos timbres van de aumento
 por su clima y por sus hijos
 dándoles Ceres sustento
 dándoles Marte valor,
 y Minerva lucimientos,
 En esta noble Ciudad
 nací de padres Gallegos,
 y porque me ejercitase,
 á un oficio me pusieron;
 mas el Maestro me dió
 una zurra por travieso,
 y le apedreé la puerta,
 saliéndome al punto huyendo,
 y en la ciudad de Jacn
 me dieron plaza en un Tercio.
 A Cataluña pasé,
 á mi Monarca sirviendo
 donde tomando las armas,
 hice tan notables hechos,
 que alcancé á muy pocos dias
 la alabarda de Sargento;
 la serví unos once meses,
 y sobre dos que se huyeron
 me ultrajó mi Capitan,
 adonde todos lo oyeron.
 Yo que soberbio miraba
 á cualquiera con desprecio,
 lo desafié una noche,
 y á dos cabos mandó luego,
 me prendan y á cuchilladas
 hice que fueran huyendo.
 Pasé á Alicante á ocasion

que habian llegado al puerto
 las galeras de Cerdeña,
 y en ellas mi plaza siento,
 donde halle muchos amigos
 de Lucena, y con aliento
 pasamos á Cartagena,
 donde una noche sigiendo
 los pasos de mi fortuna
 con una muger me encuentro,
 y un chiquillo en la mano,
 que me dijo: caballero
 aqueste hombre me persigue;
 ponga V. á ello remedio.
 Díjele: señor hidalgo
 tenga V. mas miramiento
 y con las pobres mugeres
 nunca se pase á ser necio.
 Respondió que no queria,
 y que á mi que me iba en ello?
 Mas con un tercerolazo
 le dí la respuesta, á tiempo,
 que la muger por delante
 se puso, la paz pidiendo
 y hombre, muger y muchacho,
 de un tiro quedaron muertos.
 Retiréme á mi galera,
 y despues por mi provecho
 dí en tratante de tabaco:
 corrí de Valencia el reyno,
 y volviendo á Cartagena
 el Gobernador severo,
 viendo el fraude que yo hacia,
 me sale armado al encuentro,
 y entrándose en mi posada,
 me hacen y llevan preso.
 Mas sucedió en mi favor,
 hallarse slli Juan Romero
 y como hijo de la patria,
 fué en los arneses tan diestro

que los guardas y alguaciles
 iban cual moscas huyendo.
 Quedáronse los caballos
 y las cargas en empeño,
 porque me las embargó
 el Gobernador., diciéndo,
 que ya que no me prendia
 que me cortaba los vuelos.
 Supe que en su casería
 de mulas habia un juego
 que estaban dándoles verde;
 se las quité, y al momento
 le escribí qua las tenia ,
 para recobrar el precio
 de los caballos y cargas.
 Mas metióse en este empeño
 el Quatralvo que se hallaba
 á esta ocasion en el puerto:
 me volvieron los caballos,
 y luego un vale me hicieron
 á Málaga dí la vuelta
 y por ella me paseo,
 donde supe que campaba
 Boca-negra, y con aliento
 lo desafié una noche:
 salimos, donde riéndo,
 se fingió herido el contrario,
 y quiso dejar el duelo,
 hasta que se hubo curado;
 y segunda vez al puesto
 salimos, donde quedó,
 de mi valor satisfecho,
 pues segunda vez llevó
 ahugereado su pellejo.
 Fuime á Granada por ver
 un hombre, à quien fama dieron
 del Guapo de Santaella,
 y sin reparo busquélo.
 Lo saqué desafiado

y á los primeros encuentros
 pidió confesion y yo
 me ausenté al punto, sabiendo
 que me buscaba la Sala
 con recato y con anhelo.
 Me fuí por fin á la corte,
 donde en tres meses riéron
 seis guapos en desafio,
 conmigo en sitios diversos.
 Dile una vuelta á Lucena
 y desde allí pasé al reyno
 de Jaen, donde casé,
 por tener algun sosiego.
 Mas en las carnicerías
 sucedió un donoso cuento,
 que un garduño de las bolsas
 iba la mano metiendo
 para agarrarme la mia
 mas yo con mucho silencio,
 con el rejon dije: amigo,
 remédiese con aquesto.
 Lc eché las tripas defuera,
 y luego con paso lento
 me fuí y de allí las Justicias
 sobre unas cargas quisieron
 descaminarme mas yo
 híce que fuesen huyendo.
 Con el tabaco y la sal
 tuve mi mantenimiento,
 y por ser Jaen gran charco
 otro busqué mas pequeño.
 Entonccs me mudé á Cabra,
 en donde estuve viviendo,
 y con otros aleutados
 viajes hacia al Puerto,
 donde sin sacar despacho,
 todos fueron tan atentos
 que nunca tuve embarazo,
 ni los que conmigo fueron.

Me pasé á Cadiz un día
 donde á un Almahacenero
 once cargas de tabaco
 compré con mis compañeros.
 hubo soplo y al salir
 descuidados nos cogieron
 vendiéronnos los caballos
 y quedamos sin remedio
 Deje pasar unos días,
 no muchos y al cabo de ellos,
 con las armas en la casa
 del Gobernador me entro.
 Eché la llave, y subí,
 mi trabuco previniendo;
 y dije: señor hidalgo,
 Yo vengo por el dinero
 que importaron los caballos
 y las cargas porque es cierto,
 que estoy tan pobre, que ya
 casi que comer no tengo;
 y esto sin replica sea,
 porque yo vengo por ello.
 El hombre todo turbado
 sacó al instante el dinero
 en doblones, y pagó
 y quedamos despues de esto
 amigos para otra vez.
 En Puerto Real me acuerdo,
 que el arrendador de allí
 quiso embarazarme, y luego
 que hube sacado las cargas,
 me fui á su casa corriendo.
 Pregunté si estaba en casa;
 las mugeres respondieron:
 si señor; mas vuelva usted,
 porque ahora està durmiendo.
 Entré en una sala baja
 donde tenía su lecho,
 y con un tercerolazo

allí me lo dejé muerto.
 Sucedióme en el camino
 que faltándome el dinero
 en la venta donde estaba
 me rebentaba el ventero,
 porque pagara la costa,
 y paguéla tan de presto,
 que á la otra vida volando
 se partió dejando el cuerpo.
 Supe que Diego Ruiz
 y todos mis compañeros
 pretendian el indulto,
 y por quietarme, intentélo;
 mas el Señor Presidente
 á todos negocia menos
 á mi, pues dijo tenía
 embarazo para ello.
 Fui á Granada y en su casa
 con su persona me encierro,
 Dijo ¿Que se me ofrecia?
 Respondí: señor yo vengo
 á saber por que razon
 se me niega mi remedio.
 Yo soy Estevan el guapo,
 ese leon que es tan fiero,
 y si no voy indultado,
 seré terror de este reyno.
 Quiso enviar dos criados
 á la calle, y estorvélo.
 Díjome entonces: en qué,
 Estevan, servirte puedo!
 Y yo respondí: Señor,
 á lo que arrestado vengo,
 es á pedir que se quemen
 de mis causas los procesos.
 Y el replicó pues Francisco
 si ese solo es vuestro empeño,
 vedlo, que aqui á vuestra vista
 los consume en llama el fuego;

mas á Ceuta por dos años,
por mi y por vos iréis luego.
Fuíme á Ceuta por dos años,
y en salidas que se hicieron
clavé las piezas al Moro,
y como me descubrieron,
sobre mi todos se arrojan,
y con el agua á los pechos,
me embarqué para volver
al presidio ; pero presto
me enfadé de estar en Ceuta,
quitéle el barco á un barquero
con que pasamos á España
seis ó siete compañeros.
Volvíme á mi contrabando,
y hallándonos en el Puerto,
supe que algunos decian,
que sacaba yo sin riesgo
el tabaco , por llevar
conmigo gente de aliento.
Tomé un saco y por las calles
iba como un costalero,
diciendo: compran tabaco ?
y ningunos me tosieron.
Despues en Cabra vivia
públicamente vendiendo
tabaco y sal por las calles,
y tambien tenia un puesto,
en donde vino vendia,
sin pagar ningun derecho.
Los Serranos de Lucena
á aquella villa vinieron,
queriendo tambien vender
como yo lo estaba haciendo:
entré y quebré las medidas
derramando por el suelo
el licor de los pipotes;
y ellos cuando lo supieron,
al puesto que yo tenia

5
á hacer lo mismo se fueron.
Acudí con la noticia
cerrando con todos ellos
y valientes como Alcides
con tal fuerza me embistieron,
que lastimado quedé,
poniéndome en cura luego.
Supo el caso la Justicia,
y cogiéndome en el lecho,
me llevaron á la cárcel,
y diligencias hicieron
por privarme de la vida;
mas tuve buenos empeños,
y á las galeras de España
me echan á remar sin sueldo.
Y en otra segunda parte
proseguiré mis arrestos.

SEGUNDA PARTE.

Desde donde empieza Europa
hasta su término y cabo,
no campe ningun valiente,
escondan su espada y brazo :
tiemblen al oir mi voz,
y lo que mas les encargo,
que con silencio me escuchen,
y les diré en breve rato
del guapo Francisco Estévan
lo valeroso y bizarro.
Ya saben que su ejercicio
era andar al contrabando,
y que en toda Andalucia
los Ministros le temblaron,
porque no jugaba burlas,
y ni hombre de malos tratos
alcanzó comunicarle
fuese bueno ó fuese malo.
Dejo guardas de millones,

y ministros de tabaco. porque estos nunca tuvieron con Estevan buen despacho. Los soplones, cuando andaba por el mundo, eran contados, porque se holgara encontrar un soplon bien mal tratado. Jamás llegó á pedir cosa que no le fuese otorgado, andando de aquesta suerte, con otros acompañado, por Andalucía y otros reynos, vendiendo tabaco. Llegaron un dia á Cadiz en ocasion que diez barcos desembarcaban en tierra tabaco, con que ajustando Estevan cuarenta cargas para él y sus paysanos, salió por cabo de todos, y la España atravesaron hasta llegar á Valencia, donde no habiendo despacho pasó á Aragon y una noche junto á la villa de Grados yendo Estevan muy seguro, tropezó y cayó el caballo, y se lastimó una pierna; sus amigos lo llevaron al lugar y en el quedó para ser allí curado. Sus compañeros salieron para despues aguardarlo y llegando á Zaragoza, sin susto, no imaginando de que fuesen detenidos; pero estando descuidados llegaron mas de cien hombres, y el Gobernador por cabo.

Les embargaron los cargos, diez de ellos aprisionaron; los demas puestos en fuga, muy en breve se escaparon. Llevan los diez á la carcel, y las cargas y caballos los llevan á la plaza, y al pregon se despacharon. Repartió el Gobernador entre Guardas y Escribanos, la cantidad y á su casa la mayor parte ha llevado. Vamos ahora á los presos, que al tiempo que les tomaron declaracion, fué forzoso que confesasen de llano, diciendo: Francisco Estevan es de las cargas el amo, y si es que á saberlo llega, lo sentirá que es un rayo. Réplicó el Gobernador: eso decís? pues es claro, que si llegara á cogerlo, le pusiera entre dos palos; y si no si acaso hay quien me lo ponga en las manos mil doblones le prometo, solo por ver ese rayo en mi presencia, que tiene el mundo atemorizado. Oyen los presos al dicho, y al punto un propio enviaron, noticiándole á Francisco cuanto el Juez habia hablado. Tomó la carta y leyóla dentro la villa de Grados; y bueno de sus achaques, tomó armas y caballo, y partiendo á Zaragoza

7
dispuso un hecho bizarrro.
Y fué, que á las doce en punto
del dia, sin mas reparo,
se fué á la casa de un Cura
y con política hablando,
le dice que le acompañe
sin dilacion, que le ha dado
un accidente á un amigo,
y es preciso confesarlo:
y sepa que tiene haberes,
y es fuerza que haga inventario,
porque de todos sus bienes
haga finiquito y mando.
Siguióle el Cura de prisa,
y buscando un Escribano
y un Alcalde, se salieron
á la calle todos quatro,
Cura, Escribano y Alcalde,
y sin caer en el chasco,
siguen á Estevan, y llegan
con el paso acelerado
en casa del Governador
los tres sin pensar en el caso.
Llegó, y tocando á la puerta,
un criado se ha asomado
á la ventana, y le dice:
avisa presto á tu amo,
dile que quieren hablarle
quatro personas de garvo.
Subió el page y se lo dijo,
y el Governador bajando,
los recibe en una sala,
y con política hablando,
les hizo cumplimientos;
mas Francisco con cuidado
las puertas de dicha sala,
cerró, las llaves tomando,
metiéndolas en su bolsillo,
y su trabuco montando,

ha dicho al Governador:
por saber que ha deseado
ver Useñoria á Estevan,
y que le tiene mandado
á aquel que se lo entregare,
mil doblones, me ha obligado
á ponerme en su presencia,
y á obedecer su mandato.
Ahi le traigo un Confesor,
un Alcalde y Escribano,
uno para el testamento,
otro para el inventario,
y otro para que sus bienes
disponga como cristiano;
porque sé que á Useñoria
mortal accidente ha dado,
y porque salve su alma,
esta prevencion le traigo.
Esto será si me niega,
el dinero que ha mandado,
que juzgo son mil doblones
y tambien lo que montaron
los caballos y las cargas;
y por los aprisionados,
despácheme cuanto antes,
porque yo no estoy de espacio
y estos señores querrán
ir á descansar un rato;
yo no querré nada menos,
que he venido caminando,
toda esta noche pasada,
por darle este deseado
gusto, á Usía y juntamente
á obedecer su mandato.
No haya escusa en lo que pido:
si la hay, por los sagrados
cielos, que con mi rejon,
y esta cometa, este rayo,
volcan que arroja centellas

seré dentro de este quarto.
 Aquí remató Francisco,
 y el Gobernador temblando
 le respondió que al instante
 sería todo pagado,
 y sin detenerse en nada,
 fué á un escritorio, y sacando
 en oro todo el dinero,
 metió Francisco la mano,
 diciendo: ajuste primero
 el precio de los caballos,
 que el tabaco vendrá luego,
 que no lo traigo ajustado.
 Y dice el Alcalde: amigo,
 valdrá cada caballo
 cincuenta reales de á ocho?
 Y Estevan le dijo; paso,
 menos de setenta pesos
 no tomaré ni un ochavo,
 y aquesto es unos con otros,
 y aun cortesía le hago
 al Señor Gobernador.
 ó le mataré en cuidado.
 Y el Gobernador le dijo:
 aquí está el monton contado.
 apartan la cantidad,
 y entran en la del tabaco;
 le dice el Alcalde: amigo,
 se ha de ajustar libreado?
 Si señor, respondió Estevan.
 Pues sea un real de á quatro
 cada libra. No señor,
 de doce reales abajo
 no lo doy, que lo tenía
 á ese precio despachado.
 Y cuando todo el dinero
 Estevan vió numerado
 de los caballos y cargas,
 dijo: solo lo mandado

que juzgo son mil doblones,
 es ahora lo que aguardo,
 pues no es justo de que falte
 un hombre de tanto garvo
 á su palabra. Y por fin
 mis compañeros amados
 tres leguas de la ciudad
 espero sin intervalo;
 porque sino les prometo
 al Cura y al Escribano,
 Alcalde y Gobernador
 que sus vidas serán pago,
 porque al rigor de mi furia
 no habrá quien le ataje el paso.
 Temblando el Cura y Alcalde,
 Gobernador y Escribano,
 le dicen: vaya con Dios,
 que van todo á ejecutarlo.
 Estevan salió á la calle,
 quedándose todos quatro
 pasmados de la osadía
 y hecho tan desaforado.
 Alcalde, Escribano y Cura
 al Gobernador dejando,
 se salieron á la calle,
 y á la cárcel van de paso,
 y hecharon fuera los presos,
 libres de todo despacho.
 Hubo noticias muy ciertas,
 que al Gobernador curando
 estuvieron mas de un mes
 del susto; y á Estevan paso,
 que así que á sus compañeros
 á su presencia llegaron
 les contó lo sucedido,
 y quedaron admirados.
 Todos á voces decían:
 viva el azote de guapos,
 viva quien tiene en el mundo

9
sus hechos tan laureados
que no ha de haber quien iguale
á su rigor temerario.
Entrególe á cada uno
Estevan para un caballo,
y el dinero de las cargas
lo partieron como hermanos,
y tambien los mil doblones
que tomó por ser mirado.
Se pasó á la Andalucia,
y este caso divulgado
fué en la Ciudad de Sevilla
dándole todos mil lauros,
confesando de que Estévan
fué solo del mundo el guapo.
Y en otra tercera parte
referiré un caso estraño,
que en la historia no se halla
otro que iguale en lo raro,
pues osadamente quiso
esponerse á que cerrado
en la Ciudad de Granada
mano le hubieran hechado:
pues en casa el presidente
con arrojo temerario
se metió, pero su brio
le sacó bien de este caso.

TERCERA PARTE.

Santó Cristo de la Luz,
Señor de cielos y tierra,
desatad mi torpe labio,
y dadle voz á mi lengua,
mientras la tercera parte
canto de Francisco Estévan.
Los que blasonan de guapos
oigan, escuchen y atiendan
la hazaña mas prodigiosa

C

que en las edades se cuenta.
Alcanzó á saber Francisco
(no sin alguna certeza)
como Don Pablo Diamante,
Presidente de la escelsa
Sala del crimen, habia
á quien le mate ó le prenda,
ofrecido cien escudos,
que informacion tiene hecha
de sus notables arrojós
valentias y proezas.
Con cuya noticia al punto
previno con gran presteza
sus armas y en un caballo
á Granada dió la vuelta.
entró por el triunfo á tiempo
que están tocando á la queda;
llegó á casa de Don Pablo
se desmontó y de la rienda
entró el caballo allá dentro,
y con notable advertencia,
por estar mas á su salvo,
cerró la puerta primera.
Llegó al porton y tocando
cuatro ó seis golpes apriesa
ha salido un page á abrir,
que á ocho años aun no llega,
diciendo: quien es quien llama?
Respondió con diligencia:
dile, niño á tu señor
que aqui está Francisco Estévan,
y mira que vengas presto,
porque aguardo la respuesta
Llevó á su amo el recado,
y al oirlo se le yela
la sangre y el corazon
palpita y su pecho tiembla,
que aunque no le ha visto nunca,
sabe quien es y recela.

Se quedó un rato suspenso;
y ya recobrado, piensa
el lance tan aprestado;
pero duda que se atreva
un hombre con tantas causas
á entrar en su casa mesma.
Le manda que suba arriba:
el paje baja y le lleva
donde su señor le aguarda;
mas aunque subió de priesa,
dejó el postigo cerrado,
sin que nadie lo sintiera,
dejando el caballo dentro
de la una y la otra parte.
Así que entró en la sala,
donde don Pablo lo espera,
diestro, liberal y pronto
se destocó la montera.
Don Pablo le miró atento
de los pies á la cabeza,
y con notable recato
le dijo: siéntate Estevan,
que quiero que de tu vida,
me des relacion estensa,
porque dudo que tus hechos
sean como me los cuentan.
Díjole Estevan, señor,
si he de estar en su presencia,
sentado no lo de hacer:
en pie estaré que es decencia.
Replicó segunda vez:
buena política observas;
siéntate, yo te lo mando,
y es mi gusto que obedezcas.
Sentóse diciendo airoso:
perdone mi inadvertencia.
Tienes padre? Dijo entonces
Don Pablo y fué la respuesta:
sí señor, vivo es mi padre,

pobre, humilde, porque entienda
porque es la causa de que yo
ande de aquesta manera.
Tienes madre? No señor,
Dios la perdona ya es muerta.
Tienes hermanos? Tres tengo,
y á mi los tres se sugetan.
Donde casaste? Y el dice
con arte y no sin viveza
en la Ciudad de Jaen,
que es de su reyno cabeza.
Cupido me hirió de amores,
y lo logró de manera,
que recibí por esposa
á la muger mas dispuesta
que ha nacido en muchos siglos,
en valor y gentileza;
Doña Josefa se llama,
y muy servidora vuestra,
Tienes hijos? Si señor:
una hija y desempeña
á su padre y á su madre
en lo hermosa y lo discreta.
Que edad tienes? Y responde:
con muy poca diferencia,
tengo yo treinta y dos años,
como mi persona muestra.
Y por último, señor,
no porque el riesgo me estrecha
ni porque el temor me obliga
á venderos la fineza,
á tus pies estamos todos
con muy rendida obediencia.
Dios te guarde que me obligas
con atencion tan discreta;
y cree que te he cobrado,
gran voluntad y me pesa
que un hombre de tu valor,
como dice la esperiencia,

viva como fiera horrible,
siendo estrago de esta tierra,
sin temer á la Justicia,
ni al cielo que te tolera.

Reforma tu vida amigo,
que recelo no la pierdas,
ó á manos de la Justicia,
ó al rigor de una escopeta.

Estevan reconoció
que le trata con cautela,
en las razones que ha dicho.
por detenerle con ellas,
por si vienen los ministros,
que por instantes espera
para rondar la ciudad,
y lograr la diligencia
de prenderle pero dió
esta vez el golpe en piedra
porque Francisco tenia
aseguradas las puertas
y con descuido en la calle
un amigo de Lucena,
que conforme iban llegando
los ministros á la puerta,
les dice como venia,
á precisa diligencia,
y que un hombre á su llamada
respondió por una reja,
volviese por la mañana,
que no se abrian las puertas,
porque su señor tenia
destemplada la cabeza;
y con tan buen espediente
todos se van y le dejan.
Estevan muy animoso
dij; salto de paciencia:
señor Don Pablo es preciso,
el que Useñoria entienda,
que soy como el Cirujano

que en una alcoba pequeña,
que ha sangrado alguna vena
y en no dando en la cisura
la sangre un golpe le pega
Yo solo vine, Señor,

á que haga borrar las letras,
que contra mi tiene escritas;
y tambien quiero que sepa,
que he venido á suplicar,
y no á pedirlo por fuerza,

Viéndose pues precisado,
y que los suyos no llegan,
hizo cuanto le pedia,

allí mismo en su presencia,
diciéndole: ya estas libre,
si me prometes la enmienda;
mira tus obligaciones,
que sentiré que te pierdas.

Esto dijo, y le pregunta,
con mas miedo que verguenza,
si traia muchas armas?

A lo cual respondió Estevan
con grandísima frescura:
cuatro pistolas pequeñas
aquí traigo si le gustan
á Usia sírvase de ellas,
para que de mi se acuerde,
cuando á su vista las tenga.

Don Pablo le presentó
de á vara dos escopetas,
con las llaves granadinas,
los cañones de Valencia,
de fino marfil las cajas
y de bronce las baquetas,
de plata tersa y bruñida
los punto y abrazaderas.
Mandó Don Pablo que al punto
aderezasen la cena;
cenaron, y luego manda,

como à su misma persona,
 le pongan la cama à Estevan.
Mas el que tiene enemigos,
 como es justo que no duerma,
 metió la mano en su pecho,
 y en su interior dijo: venza
 primero la obligacion,
 antes que la conveniencia.
 y asi seco y desabrido
 luego al instante comienza
 à despedirse Francisco
 de Don Pablo y Doña Elena
 de criados y criadas,
 cuantos en casa se alvergan,
 que quieren que participen
 todos de su gentileza.
Acompañole Don Pablo,
 hasta que llegó à la puerta,
 en donde vido el caballo,
 con otras cuatro escopetas,
 dijo Francisco suspenso,
 bien he salido de aquesta:
 y el amigo de la calle,
 porque nõ lo conocieran,
 se retiró cuando oia
 que iban abriendo las puertas,
 con que à la villa de Cabra,
 partieron con gran presteza
 Don Pablo no se acostó
 porque pensando en la fiesta
 estuvo toda la noche,
 con su esposa Doña Elena;
 los criados asustados
 del mismo modo se quedan,
 y habiendo ya amanecido,
 los ministros se presentan,
 à Don Pablo y le preguntan:
 si está bueno? Y por respuesta
 les dió que habia pasado

una noche no muy buena,
 porque ha tenido en su casa
 al guapo Francisco Estévan
 quien le pidió que borrara
 sus causas, y que licencia
 llevaba para indultarse,
 y tambien dos escopetas,
 que el Capitan del alcazar
 le presentó con largueza.
 Que señas tiene preguntan.
 Y les responde: son estas:
 él es hombre de dos varas
 rojo, y la barba algo negra,
 el rostro muy apacible,
 y la vista placentera,
 político, cortesano,
 y con muchas agudezas,
 que para informarse de él
 hice muy bastantes prebas.
 Es un segundo Pulgar,
 que en Granada nombre deja,
 por la accion tan atrevida
 que en mi casa tiene hecha.
 El es el hombre sin segundo
 en valor y fortaleza,
 cortes como temerario,
 y agudo sin competencia.
 No me pesa haberlo visto:
 aunque asustado me deja,
 porque tal brio y despejo
 no es posible que otro tenga.
 Y á fe que siento en él alma,
 que un hombre de tales prendas
 entre riesgos y peligros
 ande dé aquesta manera.
 Todos quedaron absortos,
 de accion tan rara y tan nueva:
 y seguiré ee otra parte,
 refiriendo sus proezas,

si generosos perdonan
las faltas que aquestas llevan.

QUARTA PARTE.

O Soberano Señor
que sustentais tierra y cielo,
gobernad mi rudo estilo,
dad luz á mi entendimiento
para que referir pueda
á mi auditorio discreto
del guapo Francisco Estevan
el mas valeroso arresto.
En la ciudad de Antequera
el Corregidor sabiendo
lo que sucedió en Granada,
al punto despachó un pliego,
que al que á Estevan le entregara,
le daria dos mil pesos.
Y Estevan luego al instante
que este caso le dijeron,
atribuyendolo á chanza
no hizo caso, suponiendo
todas sus causas borradas:
dióle el corazon un vuelco,
que diria de él la fama,
si esta noticia teniendo,
no se arrojaba animoso;
y dentro de sí diciendo:
¿donde está el valor Estevan?
sus armas previno, y luego
en un ligero caballo
tomó el camino, y resuelto
á la ciudad de Antequera
disfrazado y encubierto
á eso de las oraciones
llegó sin temer al riesgo.
Fue á ver al Corregidor,

llamó á la puerta, y saliendo
una criada le ha dicho:
dile á tu señor, que un pliego
le traigo; de como tiene
á Francisco Estevan preso;
y que si me hace el gusto
entraré, porque no tengo
posada para esta noche.
El Corregidor que oyendo
le estaba por una reja,
bajó á la puerta al momento,
diciéndole á la criada:
abre esa puerta presto.
entró Estevan, y el caballo
dió de las riendas á un negro:
y entró en la caballeriza,
y á Estevan recibimiento
le hizo muy cortés y alegre.
Preguntó: como prendieron
á aqueese Francisco Estevan?
¿no dicen que es leon fiero?
Pues por lo que rijo y mando,
ya que he llegado á cogerlo,
ha de pagar las infamias
que en todo este reyno ha hecho.
dijole Estevan: señor
en razon está bien puesto
que quien es desahogado,
lo pague, mas lo que quiero,
es quitarme aquestas armas
que algo fatigado vengo.
Dijole el Corregidor,
pues este cuarto reservo,
para que vuestra persona
lo ocupe como hombre bueno.
Despojóse de sus armas
Francisco junto á su asiento,
Y el Corregidor miraba
colete y armas atento.

Y el le dijo: señor mio,
 estas armas y colete
 son las de Francisco Estevan,
 que el que hábito trae puesto,
 parece ser religioso,
 aunque sea un bandolero;
 y yo trayendolas puestas,
 pienso que á Estevan éscodo,
 entre unas y otras razones
 las criadas previnieron
 las mesas, y se sentaron
 á cenar, y en este medio
 dieron un golpe á la puerta:
 Francisco aunque se hace lerdo,
 sus armas no desampara,
 pues á lado derecho,
 las dejó, y su gran capote
 tiene sobre el hombro puesto.
 Estando en esto repara
 y vió que la puerta abrieron,
 y seguidamente entraron
 diez y seis hombres, y entre ellos
 iba el Alcalde mayor
 por cabo de ronda, y luego
 el Gobernador le dijo
 mire el apercebimiento
 que á mi persona acompaña;
 que hombre de mucho aliento
 no rendirán tantos guardas
 y ministros! Yo lo creo,
 replicó entonces Estévan.
 Tomaron todos asiento,
 Y Francisco como huésped,
 brindó con silla y cubierto,
 Y ellos con gran cortesía
 correspondieron atentos.
 Despues que hubieron cenado,
 Estévan dijo: yo creo,
 que toda esta gente armada

no pudiera causar miedo
 ni espanto á Francisco Estevan,
 porque es sobrado el aliento
 que le acompaña y sin duda
 los pusiera en grande empeño.
 ¿Que es eso (dijo el Alcalde)
 que ha habido ahora de empeño?
 Díjole el Corregidor:
 señor Alcalde tenemos
 unas noticias felices,
 Francisco Estevan es preso.
 Replicó el Alcalde y dijo
 por Cristo que no lo creo.
 Y dijo el Corregidor:
 no? pues este caballero
 ha traído la noticia,
 proponiendo como es cierto.
 A lo cual dijo el Alealde:
 lo cogerian durmiendo,
 que de otra manera dudo
 que pudieran á el prenderlo.
 Replicó Estévan entonces:
 sea despierto ó durmiendo,
 lo que sé es que está encerrado
 y diez y siete hombres buenos
 á su lado y aun tambien
 un Corregidor entre ellos,
 y un Alcalde, que no fian
 de otro valor el empeño.
 Vos lo veriais despacio.
 Dijo Estevan: ¿como verlo?
 tan visto lo ví, que juzgo
 que aun ahora lo estoy viendo.
 ¿Que genero de hombre es ese?
 no he podido conocerlo.
 Díjole entonces Estevan:
 pues antes de mucho tiempo
 si os hago aqui la pintura
 habeis de tenerle miedo

Y sino denme licencia
 vuestras mercedes que quiero,
 ya que me traje sus armas,
 ponérmelas, que respeto
 causaré al que las mirare.
 Dijo el Corregidor: luego
 al instante os las poned.
 Pues si la licencia tengo
 tomo primero la charpa,
 pues tengo puesto el colete:
 pongome cuatro pistolas;
 ya os he dicho son del mismo:
 póngo el rejon en el cinto:
 este trabuco prevengo
 para tenerlo en la mano
 montado, pues es el mismo
 que traigo siempre conmigo.
 traigo he dicho? No es de miedo,
 que con este desahogo
 de estar el papel haciendo,
 me pareció ser el mismo,
 y así no tengais recelo.
 Tenia Francisco Estevan
 cuando dicen lo prendieron:
 dicen he dicho! voy mal,
 porque he dicho soy el mismo,
 teniendo puestas sus armas.
 Y el Gobernador que atentó
 estaba, al punto responde:
 si habeis dicho sois el mismo,
 que hableis de cualquier suerte,
 Os hemos de estar oyendo.
 Pues haced cuenta, señores,
 de que en lo que toca al cuerpo
 en el suyo y en el mio,
 no hay diferencia un pelo.
 La vista suya es alegre,
 aunque su rostro es severo
 cortesano, lo que cabe,

discreto sin par ni cuento.
 tiene agudezas muy muchas,
 y habilidad en estremo;
 amigo es de sus amigos,
 y en sus acciones atento.
 Es galan por su persona,
 su hablar en todo alagueno,
 sus armas ya las mirais,
 su ropa ya la estais viendo,
 porque su capa y montera,
 su capote y el colete,
 calzones, mangas, botines
 y zapatos tengo puestos.
 Mas lo que hay de diferencia
 de mí á el es proponeros
 hasta aquí que estaba ausente,
 y ya encubrirlo no puedo:
 yo soy el mismo que he dicho
 yo soy Estévan, que vengo
 arrestado á que me dé
 el Corregidor en premio
 de mi mucha libertad,
 al punto aquí dos mil pesos,
 que ofreció por mi persona;
 y entienda que si el arresto
 muy desahogado ha sido,
 es porque sepa mi aliento,
 que solo y acompañado
 sabré salir del empeño.
 Ea, pues, señores míos
 mano á la obra, contémos
 al punto aqueles doblones,
 sin réplica sea esto.
 Los sacó el Corregidor,
 y Estévan metiéndolos dentro
 de su bolsillo y ha dicho:
 ¿sabe Usia lo que quiero?
 que por todos los lugares
 mande recoger el pliego

que ha despachado y advierta
 que soy leon en lo fiero.
 Traíganme el caballo al punto:
 desocupen al momento
 el quarto y déjenme solo
 y sino viven los cielos
 que á incendios de aqueste rayo
 quedarán cenizas hechos:
 quítense de mi presencia.
 Y huyendo todos salieron
 á las razones que dijo
 porque tenia recelo
 cada cual que le tocase
 una centella de fuego.
 Le trajeron el caballo
 montó en el y en un momento
 salió al medio de la calle,
 diciendo: mañana espero
 en la Ciudad de Lucena,
 que envíen por el dinero.
 Volando se fué á su patria,
 y al cabo de mes y medio,
 viendo que el Corregidor
 no envió por el dinero,
 pensando entre si decia:
 ¿Que se dirá de mi aliento,
 de mi fama y buen vivir,
 si los doblones no vuelvo?
 Dirán que por la codicia
 me atreví á hacer el arresto.
 Volvióse un dia á Antequera,
 sin temor y sin recelo,
 y como de las entradas
 estaba ya satisfecho,
 fué y le habló al Corregidor,
 y le dió los dos mil pesos,
 diciéndole: Useñoría
 perdone el atrevimiento,
 porque un hombre apasionado

determina cualquier yerro.
 Díjole el Corregidor:
 Francisco de tus arrestos
 estoy muy bien informado;
 y en lo que toca al dinero
 que ha salido de mi casa,
 llévalo que no lo quiero:
 dineros y mi persona,
 á tu mandato lo ofrezco;
 tendrás en mi un fiel amigo.
 De Useñoría lo espero;
 y en fé de eso la licencia
 pido. Despidióse luego,
 y partió alegre á su patria,
 donde con gusto lo dejó
 y en la otra postrera parte
 dará fin á sus arrestos,
 diciendo, como la parca
 lo tuvo bajo su imperio,
 y de él cobró el tributo,
 que todos pagar debemos,
 pues su rigor no perdona
 á cobardes ni á resueltos.

QUINTA PARTE.

Esplique mi lengua torpe
 en acentos mal formados
 el trágico fin y muerte
 de este leon africano,
 de este pasmo del valor,
 de este relámpago y rayo,
 mientras templados buriles
 esculpen en bronce y marmol,
 para memoria en los siglos,
 hechos tan adelantados.
 Ya dije en la tercer parte,
 como Estévan precisado
 se vió á arrojarse á Granada,
 con ánimo tan bizarro,

que igual no se ha conocido
 en la rueda de los años;
 y que el Señor Presidente
 quedó tan maravillado
 de su político estilo,
 que se convino en librarlo.

La cuarta, que en Antequera
 se arrojó muy temerario,
 habiendo el Gobernador
 en su distrito mandado,
 lo prendieran y daría
 dos mil pesos de contado:
 pues le puso delante,
 de ando atemorizados
 á todos los de la casa,
 y sabidos estos casos,
 déjlos, y voy á dar
 remate á lo comenzado.

Se hizo público en España
 como fué por sus desgarros
 el guapo Francisco Estevan
 á galeras sentenciado;

pero le duró muy poco,
 que mañoso y arriesgado,
 para sacar el grillete,
 un carcañal se ha cortado,
 y con una lancha á tierra
 él y otros se pasaron.

Sabido en Andalucía,
 como habia quebrantado
 las galeras, al instante
 las Justicias le temblaron.
 por vivir mas á sus anchas,
 á Lucena se ha pasado,
 don de causas no tenia
 y echándose al contrabando,
 vivió dos años gustoso,
 como dicen, con descanso
 ¡ Mas ó justa providencia!

que cuando mas olvidados,
 despues de muchos auxilios
 nos castiga el justo brazo.
 Mas esta debil materia,
 como formada de barro,
 al hombre olvidar le hace
 el fin para que es criado,
 que es para servir á Dios,
 y despues sin fin gozarlo,
 y en los deleytes del mundo
 aquel que se ha encenegado,
 sin mirar á su principio,
 sigue su locura ufano.

Asi Francisco vivia,
 de la muerte descuidado,
 como si inmortal viviera,
 siendo asi que muere el santo,
 el Rey, el sabio, el mendigo,
 el valiente y desalmado.
 Lunes nueve de Noviembre,
 del año finalizado
 mil setecientos y cinco,
 sin recelo y sin cuidado
 entró en la dicha Ciudad,
 de la parca fulminado,
 á cumplir en un minuto
 su destino, deuda y astro,
 de la villa del Campillo
 un tal Benito Velasco,
 en ocasion que Francisco,
 de su soberbia llevado,
 tuvo un mediano disgusto
 con un mancebo alentado
 á quien Carlos de los Reyes
 por nombre y señas le han dado.
 Hallóse en esta ocasion
 en Lucena un mozo honrado
 que llamaban Juan Romero,
 y como mozo de garbo,

en el duelo y la quimera
entre los dos ha mediado.
Pasó Francisco á su casa,
del suceso descuidado;
mas en la calle encontró
á Benito y otros cuatro,
y dióles la bienvenida,
con valor y con agrado.
Dijo Francisco á Benito,
como amigo preguntando:
qué ayre os trae á aquesta tierra?
Y el le respondió algo bajo;
unos negocios del Rey
amigo son los que traygo,
Tuvo ya algunas sospechas
por hallarse pregonado,
y hacia una casa de vino
se lo llevó aconvidado.
Al tiempo de ir á beber,
Benito le dijo: hermano,
de este colete que tienes
estoy muy aficionado,
y me lo tienes de dar,
daréte este mio en cambio.
Bebió Francisco y le dijo.
bebe, que en aqueese caso
el colete y la persona
lo tienes á tu mandado.
y las armas porque á mi
ya me sirven de embarazo.
Bebió Benito y Francisco
entre si considerando,
si lo vendria á matar
segun las muestrás ha dado,
á la calle se salieron
y los cuatro se apartaron,
y entre Francisco y Benito,
está el demonio enredado.
Dañjole Benito á Estevan,

si se ha de hacer este cambio,
en este ziguán entremos,
y quedará negociado.
Mas Francisco con cautela,
entre si considerando
que siempre el que da paimero;
suele ser mas bien librado,
hizo que se rebozaba,
y una pistola montando,
al revolverse á escupir
tiró con presteza el gato,
y por las mismas quijadas
le dió tanfuerte balazo,
que mas menester no hubo,
para quitarlo de gastos.
Y viendo que en pie quedaba,
le ha dicho disimulado:
que de esa suerte quedais
y entonces se ha trastornado.
Como en el suelo cayó,
dijo desembarazado:
afuera perros, que ya,
todo mi intento he logrado.
Hácia su casa se fue,
donde sus armas tomando,
sacó el caballo y hechó
su pipada de tabaco.
De su muger se despide,
y á pocos pasos andados,
se acordó se le quedaban
la municion y los frascos.
Volvió á su casa por ellos,
y á su muger así ha hablado:
quita esos trastes de enmedio,
porque á un pícaro he matado,
y si viene la Justicia,
he de matar tres ó cuatro.
Se fué á una taberna, donde
me lo dejaré brindando,

mientras que de Juan Romero digo sus hechos y pasos: pues como quedó en su casa, se ha despedido de Carlos, el cual se fué á su posada, y el se quedó acomodando, sin prevenir para qué, sus armas y su caballo. Y pasado un rato breve, le dió el caballo á un muchacho que se lo saque á la huerta, porque quiere pasearlo: mas en la calle le han dicho: oiga usted lo que ha pasado: Francisco Estevan mató en este instante ahí abajo á un hombre que me parece que usted mucho lo ha estimado. Dijo Romero; Jesus! que lo quiero como hermano; ese es mi compadre Reyes; porque han tenido un enfado y yo los apacigué: y pues que me ha quebrantado el pacto de la amistad vive Dios he de matarlo. Hacia casa de Francisco se encamina, fulminando rayos y fuego y centellas por los ojos va brotando; quisieronlo detener, pero á todos salió envano. Llegó Romero á la puerta del que estaba descuidado, como he dicho, en la taberna, muchas saludes hechando: dió en la puerta dos patadas, y al ruido se ha asomado la muger á la ventaua

y Romero ha preguntado: donda está Francisco Estevan? sepa que vengo á matarlo. No está en casa respondió, que salió con su caballo; pero no lo matará que Estevan aun tiene manos. quiso Romero volverse y en este tiempo ha escuchado en el cabo de la calle herraduras de caballo; Dijo la muger: ya viene, velo allí si se ha de matarlo. se puso en planta al instante. y lió la capa al brazo, diciendo: traidor aleve ¿ Como vilmente has quitado la vida al mejor amigo, y hombre de tanto garvo? Dijo Francisco: y á tí Y Romero ha replicado: sea la tuya ó la mia ponte bien que te disparo Tiró del gato Romero, habiendo bien apuntado; y por enmedio del pecho le dió tan fuerte balazo que del estrivo quedó Francisco Estevan colgado. Asegundóle con otro, para mas asegurarlo, y cuando lo vido muerto el trabuco le ha quitado, diciendo: ahí te queda el mio con este tuyo me pago; si hay quien tome la demanda, que salga que yo lo aguardo. Pero un Religioso y otros lo llevaron, de él tirando.

de Guzman hacia la casa,
 por ver si pueden quitarlo:
 mas sucedió que en la calle
 le envistió con sobresalto
 el padre del ya difunto,
 y de suerte lo ha agarrado
 que fué preciso apelar
 á su rejon con cuidado,
 y viendo que le iba á dar
 y que quiere acogotarlo,
 dícele á un viejo y caído
 no dan los hombres de garvo;
 dijo: por viejo te dejo;
 y se refugió al sagrado.
 Vamos ahora á Francisco,
 que en el suelo revolcado
 está el asombro de Europa,
 el que fué del mundo espanto,
 que todo el que á hierro mata,
 en el hierro hallará el pago.

Por ser muchos sus insultos,
 la Justicia hechó de el mano,
 para ejemplo de los niños,
 y escarmiento á desalmados,
 y con grillos y cadenas
 en la cárcel lo afrentaron,
 adonde todos lo vieron,
 y los términos pasando,
 lo ahorcaron de la reja,
 de la cárcel, y temblaron
 los corazones mas fuertes,
 al mirar tan duro caso,
 contemplando allí cadaver
 al que habia sido pasmo
 y susto de los valientes,
 teniendo el mundo asombrado.
 Escarmienten los que viven
 sin freno, que el fin llegado
 el buen vivir tendrá cielo,
 y al infierno irán los malos.

FIN.